

La granja del cuadro

Pedro M. Almagro



Image not found.

Capítulo 1

LA GRANJA DEL CUADRO

Por fin había cumplido los 10 años. Cuando hace tan solo cosa de uno creía que nunca iba a llegar el día de esa ansiada decena para formar así parte de los mayores del colegio, además de conseguir algo más de reconocimiento por parte de sus padres.

Nicolás, que así se llamaba nuestro protagonista, era un niño de estatura normal, rubio y de cuerpo atlético al que le encantaban todos los deportes. Tenía predilección por las artes marciales y los deportes de riesgo, como escalar montañas o vadear los ríos por su centro soportando las ligeras corrientes que le impedían avanzar de forma cómoda y, por supuesto, siempre al lado de su padre.

Vivía junto a sus padres y su hermana pequeña, Sonia, en una casa de dos alturas y bastante bien decorada por parte de estos, pues aunque les costó mucho trabajo dejarla en las condiciones actuales, la casa gozaba del encanto de todos los vecinos que, con un motivo u otro, a menudo, se acercaban a verla y se encantaban cuando los papás de nuestro protagonista les ofrecían tomar una taza de café.

La decoración de la casa se basaba en el aspecto rústico. Todos los muebles eran bajos y de tipo colonial, alfombras de esparto en tonos claros, aperos de labranza estratégicamente colocados para enfatizar ese ambiente rústico y, como no, las paredes se hallaban repletas de hermosos cuadros que, si bien no todos eran de temas rústicos, si había un par de ellos que, aunque en tonos sepia y con marcos de madera desgastada, mostraban sendas fotografías de la familia sin ser excesivamente antiguas, pues a Sonia, que solo contaba con año y medio, ya se le veía crecida.

Entre toda aquella amalgama rústica había algo que agradaba particularmente a Nicolás y en la que invertía gran parte del tiempo que permanecía en casa. Se perdía en sus provocativos detalles que estimulaban en él una curiosidad de tal magnitud que casi era una obsesión el poder descifrarlos. Se trataba de uno de los cuadros.

Aquel no era un cuadro normal; tenía algo que Nicolás no alcanzaba a comprender y que conseguía que permaneciera frente a él horas y horas intentando descifrar las expresiones de los distintos animales que se dibujaban con rostro enojado o algo parecido. A decir verdad había pasado tantas horas mirándolo que ya no estaba seguro de si aquello que él creía rostros de enfado era así o no; y de ser así... ¿Por qué?

La cuestión es que Nicolás disfrutaba sentándose frente a este cuadro, o quedándose de rodillas un buen rato en la silla que se encontraba justo debajo del mismo, o incluso permaneciendo de pie, le daba absolutamente igual mientras pudiera mirarlo sin interrupciones, tranquilamente, pues además de la curiosidad, despertaba en el muchacho sensación de placidez y sosiego.

El tema del cuadro estaba basado en una granja rural. Esta estaba compuesta por un pequeño granero de madera frente al cual se apreciaban los diferentes rediles para cada especie animal, como los patos y las ocas, las gallinas y los gallos, dos cerdos y cuatro lechones, las ovejas, un macho cabrío y un par de burros. Al fondo se podía ver la casa en la que supuestamente vivían los dueños de todo aquello. Además, había una casita de perro colocada hábilmente en el mejor punto de todo el recinto desde el cual se controlaba perfectamente hasta el último rincón de aquella completa granja y cuyo ocupante se perfilaba con cara de ferocidad y con la cabeza alzada orgullosamente. Todo esto en un entorno paradisíaco rodeado de encinas y castaños, además de gran cantidad de chopos que bordeaban ambas orillas de un caudaloso río que discurría a pocos metros de la granja. También y para culminar la belleza del cuadro, se apreciaba al fondo del paisaje una sierra cuyas montañas todavía dejaban entrever los persistentes restos de la nieve caída durante el invierno, así como la luz general que el pintor logró dar a su obra cargándola de realismo y apreciando claramente los primeros días de aquella exuberante primavera.

Una noche, después de haber acabado su cena y tras pedir correcto permiso a sus padres para levantarse de la silla y abandonar el comedor, Nicolás se dirigió a su cuadro para observarlo con atención durante un momento antes de irse a dormir.

Era una noche de esas que solo apetece estar en la cama calentito, cubierto tan solo por un suave y liviano edredón mientras fuera se oye como los truenos rasgan el cielo y las enormes gotas de lluvia golpean con furia los cristales de las ventanas, al tiempo que por los quicios de las puertas se perciben sigilosos los silbidos del aire al pasar con prisas y apreturas.

Cada vez que un trueno hacía acto de presencia en aquella parte del cielo, toda la casa se iluminaba como si se hallara en el centro de un campo de fútbol. Nicolás estaba un poco asustado pero se amparaba en el cuadro como si este fuera a darle protección en caso de peligro. No apartó la mirada del cuadro cuando, sin saber de que se trataba, sintió que su cuerpo se descomponía en millones de diminutas partículas mientras cerraba los ojos intentando no dar crédito a lo que estaba sucediendo. Al cabo todo cesó y Nicolás creyó que solo había sido producto de su imaginación en complot con la electricidad estática provocada por los

estridentes y cegadores truenos que perturbaban la noche.

Aun tardó un momento en abrir aquellos ojos grandes y azules. Mientras, se palpaba con las manos todo su cuerpo en busca de algún trozo fuera de su sitio, asegurándose de la completa recomposición de su joven anatomía. Poco a poco también fue recuperando el oído. Entre tanto comenzó a percibir una acalorada discusión entre varias personas de la que no pudo sacar nada en claro debido a la cantidad de voces mezcladas y hablando a la vez, cosa que le extrañó, puesto que en su casa, además de él, solo estaban sus padres y su hermanita. Poco a poco abrió un ojo para ir captando la situación y luego abrió el otro quedando sorprendido de lo que se encontró.

Giró 360° sobre sí mismo para captar con detalle aquello que veía pero que no creía. Se encontraba, sin saber como, dentro de su cuadro. Estaba rodeado de animales; todos ellos hablando a la vez, y de repente se hizo el más completo silencio del que nunca pudo disfrutar en toda su dilatada existencia ya que hasta las cigarras que le cantaban al sol habían dejado de hacerlo.

Nicolás se encontraba justo en el centro de toda aquella discusión, no en el centro de la conversación, no, literalmente se hallaba justo en el medio de todos aquellos animales que discutían entre ellos sobre algo que no pudo terminar de comprender a consecuencia del repentino silencio que provocó su extraña aparición en aquel lugar.

Hubo algo que aun extrañó más al muchacho, más incluso que aquel cambio de escenario; de su casa al interior de su cuadro favorito, y es que entendía perfectamente a los animales en todo lo que decían, de echo antes de abrir los ojos pensaba que estaba entre personas, entre humanos como él. Acto seguido y ante la estupefacción del niño, el burro hizo una pregunta general, una pregunta dirigida a aquel que supiera la respuesta; era como si pensara en voz alta.

¿De dónde ha salido este humano?

No tengo la menor idea hermano –respondió el cerdo sin dejar de mirar a Nicolás- esto es cosa de magia tío.

Vamos a ver Julito, ¿de qué va esto? –le preguntó el gallo al macho cabrío.

No lo sé pero si quieres arremeto contra él y le quito del medio –propuso el macho cabrío furibundo.

¿Qué quieres, tener aquí al jefe para darnos caña? Déjate, déjate –decidió

el gallo con sentido común.

En mi opinión creo que sería mejor ignorarlo y seguir con nuestra discusión que a fin de cuentas es lo que nos importa – añadió una de las ocas para terminar diciendo- solo es un humano que no nos entiende.

Si tío, pasemos de él, estas son cosas que hacen los humanos y que solo las controlan ellos –dijo el cerdo, tras lo cual aquella conversación continuó como si allí, en medio de todos, no hubiera nadie.

La conversación continuó como si nada y Nicolás, atónito, permanecía inmóvil en el mismo sitio escuchando las cosas que cada animal tenía que decir al respecto. La conclusión a la que llegó el muchacho fue que tenían problemas con el perro que, al parecer, no les dejaba vivir tranquilos; en el momento se descuidaban lo tenían encima molestando e incluso insultando a todos los animales de la granja. Trataban de encontrar una solución a aquel problema pero la cosa no pintaba bien, pues ninguno proponía nada eficaz, y lo que es aun peor, ninguno quería arriesgar nada.

Si Nicolás estuviera en la conversación propondría algo para persuadir a ese perro pulgoso de que desistiera de sus maltratos a aquella comunidad animal, de no desistir se vería en un apuro pues todos los animales se le echarían encima y acabarían con el o, al menos, con sus ganas de molestar. Pero cómo iba a transmitir su plan a aquellos animales irracionales que lo único que sabían hacer era rebuznar, gruñir, balar, etc. Cayó en la cuenta de que así como él podía entenderlos, también era posible que ellos le entendieran a él, por ello decidió intentarlo, así que soltó su proposición a bocajarro, de sopetón y ante el asombro de todos los componentes de la granja.

¿Por qué no le tendéis una trampa y lo acorraláis? –dijo el muchacho y todos los animales dejaron de hablar para centrar sus miradas en Nicolás que continuaba estando en el medio de todo.

¿Habéis oído lo que yo? –inquirió el gallo sorprendido por haber entendido perfectamente a Nicolás.

Sí. Sí. Sí –dijeron el resto de animales del conjunto.

¿Cómo es que entendemos todo lo que dices? ¿Qué está ocurriendo aquí? –inquirió el gallo una vez más dirigiéndose esta vez al niño.

No lo sé. No sé como he llegado a parar aquí pero respecto a vuestro problema creo que deberíais acorralar a ese perro y dejarle las cosas bien claras –propuso Nicolás ahora seriamente convencido de lo que decía y casi olvidando su propio problema- intimidarlo de alguna manera, no sé;

después de todo vosotros sois más.

Ya veo hermano que no pillas nuestra verdadera situación: seremos más pero también somos más cobardes ¿Captas? – le dijo el cerdo con toda la razón del mundo.

Ya, pero haciendo lo que os digo no perdéis nada, pues al estar todos juntos, en el peor de los casos, seguirá molestando como lo ha hecho hasta ahora –explicó Nicolás su punto de vista tras el cual se miraron dubitativos los unos a los otros.

Pues tal vez tenga razón, no perdemos nada –dijo el macho cabrío con esa cara de enfado permanente y cuya cornamenta no invitaba a muchas contrariedades.

Chicos, tenemos que intentarlo. Como dice... -el burro cayó en la cuenta de que no sabían todavía el nombre de aquel extraño humano que hizo aquella aún más extraña aparición- ¿Cuál es tu nombre chaval?

Nicolás –dijo el muchacho sin más.

Está bien, trazaremos un plan y haremos que Draco venga hasta aquí donde lo acorralaremos y le diremos cuatro cosas –zanjó por fin el burro.

Tal y como habían quedado todos los animales, se centraron en urdir un plan con el que hicieran llegar a Draco hasta el lugar clave, el cual, dio la casualidad, se trataba del mismo punto en el que se encontraba Nicolás de pie. No solo era aquel el centro de todo el entramado de rediles sino que, además, cada animal tenía su furtiva abertura cercana a ese punto para poder salir cuando le viniese en gana.

Poco después de decidir que llevarían a cabo el plan de Nicolás, acordaron que para empezar, el niño se escondería en el granero, pues aquel, a fin de cuentas, era un asunto de ellos. Uno de los animales, de los más pequeños, a ser posible, debido a que la ofensa sería mayor, se situaría en el punto acordado y comenzaría a hacer ruido y carantoñas dirigiéndose al perro hasta que este se diera por aludido y, curioso de aquel comportamiento, se acercara hasta allí. El animal que se arriesgaría a llamar a Draco sería un lechón, el cual, una vez el perro estuviera peligrosamente cerca, correría detrás de papá cerdo y sería entonces cuando todos los animales saldrían de sus respectivos rediles para emboscar al molesto perro, y entonces, alguno de los que mejor y más seriamente hablaran, le leería la cartilla al can, esperando después la correspondiente reacción de este.

Todo estaba preparado y el lechón siguió el plan al pie de la letra. Draco se percató y salió de su caseta molesto por la interrupción y gruñendo ya

de mala gana.

Una vez estuvo acorralado y tras dar vueltas sobre sí mismo evaluando desafiante la situación, el gallo comenzó a decirle al perro como estaba la cosa.

Estamos hartos de que nos maltrates, nos insultes y en definitiva que nos hagas la vida imposible Draco –le dijo el gallo con un deje nervioso que se apreciaba en su voz.

¿Cómo dices gallo enano? –inquirió el perro incrédulo a la pequeña rebelión que estaba presenciando.

Lo que oyes. Estamos cansados de que nos chulees continuamente y hasta aquí hemos llegado –añadió el gallo envalentonado y transmitiendo esa valentía al resto de animales, pues el cerco se estrechaba considerablemente sobre el perro y el gallo.

Ya veo. Y ¿qué creéis que vais a hacer si no os dejo en paz? –inquirió Draco con un tono de voz y una mirada en derredor amenazante y agresiva.

Mira Draco, solo queremos vivir sin problemas, y te exigimos que nos dejes tranquilos para poder vivir todos en paz y armonía –dijo el burro con gran sensatez e intentando hacer ver al perro que ellos también eran animales y que por lo tanto también tenían sus derechos.

Mira burreras, a mí me importa un pepino vuestra paz y vuestra vida, yo hago lo que quiero y así va a seguir la cosa. ¿Entendido? –aclaró Draco a todos los allí presentes.

Está bien. No nos dejas otra alternativa –tras estas palabras del gallo el círculo de animales se fue cerrando más sobre el can hasta que este, pensando que la situación ya estaba saliéndose de todo contexto dijo:

¿Es eso? ¿Queréis problemas? Está bien –Draco dio unas cuantas vueltas sobre sí mismo lanzando dentelladas e intimidantes gruñidos haciendo retroceder a todos los animales, tras esto añadió:- ¿vas a ser tú el primero, cornudo?, venga a ver si tienes narices –el perro se aferró al suelo con las cuatro patas mirando al macho cabrío como si fuera a saltar de un momento a otro, mostrando sus terribles fauces que, con certeza, despedazarían a cualquier animal de aquella granja en menos que canta un gallo.

El fragor de la discusión se venció del lado del perro que ganaba terreno al tiempo que el ánimo y el arrojo del resto de los animales mermaba rápidamente. Al cabo, todos cabizbajos y con las esperanzas de mejorar

sus vidas desvanecidas, volvieron a sus rediles sin decir una sola palabra.

Draco se hallaba ahora en el centro y controlando la situación una vez más. Erguido y ufano por su victoria frente al primer motín de la granja, dirigió una última mirada a todos los animales que ya se encontraban en sus respectivos rediles y, añadiendo unas últimas palabras, se retiró a su caseta adoptando de nuevo aquella posición de suficiencia.

Ya decía yo. Sois un atajo de cobardes y así os va. Espero que no se vuelva a repetir ya que de ser así, alguien sufrirá las consecuencias.

Cuando todo estuvo en calma y Draco se hallaba de nuevo en su caseta, Nicolás asomó la cabeza y no necesitó preguntar nada, puesto que además de oír toda la conversación, los rostros de todos los animales mostraban la misma expresión derrotista por lo poco o nada conseguido.

Nicolás, lejos de amilanarse por la reacción del desalmado perro, no tardó en urdir otro plan en el que, ahora sí, tomaría parte él, puesto que si no se podía hacer nada por la fuerza, debían intentarlo bajo la amenaza de lo que realmente podía temer el perro así como todos los animales de este planeta: la ira del hombre.

Sin dar más explicaciones a los animales, Nicolás pidió a estos que hicieran venir a Draco una vez más, pero en esta ocasión tendrían que hacerlo ir al interior del granero ya que él se encargaría de hacer entrar en razón al dichoso perro.

Se pusieron manos a la obra sin más dilación. Esta vez el cebo sería el gallo que, muy gallito, provocaría descaradamente al perro. Se colocó el gallo en la puerta del granero y empezó a llamar a Draco provocándolo con acusaciones como que él sí que era un cobarde y que si tenía lo que tenía que tener, que fuera hasta allí y se enfrentara de verdad a un valiente como él.

El perro se levantó iracundo y con tanta energía que parecía que se iba a llevar la caseta a cuestas. El gallo seguía provocándolo al tiempo que el resto de animales se escondían donde podían para no estar ni tan siquiera en el campo de visión del temido animal. Una vez estuvo realmente cerca, el gallo se introdujo en el granero y sin poder hacer otra cosa apoyó la espalda contra unas balas de paja haciendo más y más presión a medida que oía aumentar la respiración de Draco según se acercaba.

El perro llegó hasta el umbral de la puerta y con los ojos inyectados en sangre, oteó en su interior localizando enseguida contra las balas de paja a su próxima víctima. Lentamente se acercaba a esta babeando por la ira contenida, mostrando los afilados y enormes colmillos y con la clara intención de tragarse de un solo bocado a aquel estúpido gallo, y a quien

se pusiera por delante.

Cuando Draco se encontraba a un par de metros del gallo salió Nicolás al paso y fue entonces cuando el perro se detuvo sin saber lo que estaba ocurriendo. Draco fue sorprendido por el muchacho pero su instinto animal se puso de manifiesto al pensar que era un extraño al que había que intimidar, y por ello lo primero que se le ocurrió, después de reponerse de la primera impresión, fue mostrarle los dientes mientras gruñía, cosa que a Nicolás le puso los pelos de punta.

Nicolás debía de poner en marcha su escueto plan que se basaba en asombrar al perro en un primer lugar hablándole y demostrándole que hablaba su mismo idioma, y después amenazarle con conseguir que sus amos pensaran que había hecho muchos males e incluso que tenía la rabia, motivo por el cual, en algunas granjas de los alrededores, se habían ahorcado otros perros, e incluso por razones mucho menos importantes.

¿Y por qué piensas que no te puedo destrozar de una dentellada? –inquirió el perro Draco con una sonrisa malévol.

Sencillamente porque habrías cavado tu tumba, pues en cuanto tus amos vieran el percal irías derecho al árbol... a la soga del árbol –aclaró Nicolás al perro cuyo rostro palideció de súbito

También podría colarse un lobo en la granja y destrozarte, seguro que ni se les pasa por la cabeza que he sido yo –dijo Draco intentando convencerse a sí mismo.

Claro, solo que esta no es zona donde abunden mucho los lobos, ¿no crees? –dijo Nicolás sintiendo su superioridad en aquella conversación surrealista.

Está bien, qué propones niño –dijo el perro admitiendo que Nicolás tenía las de ganar, añadiendo después- por cierto ¿de dónde has salido? ¿Y cómo es que me entiendes y hablas como yo? –quiso saber el perro.

Esa es una historia que no te interesa lo más mínimo. La cuestión es que quiero que dejes de complicar la vida a los animales de la granja –dijo Nicolás serio y mirando al perro directamente a los ojos- en caso contrario...

¿Qué me harías si no hago lo que dices? –inquirió el perro desafiante.

Contéstame a una cosa: ¿a quién crees que creerían tus amos: a ti que no te entienden o a un niño llorando porque un perro malo le ha mordido? –le explicó el niño con una pregunta.

Supongo que a ti, lo admito, pero es posible que se te escape un detalle importante –respondió el perro regodeándose convencido del tropiezo del muchacho.

Si te refieres al mordisco, te aseguro que, si me tengo que morder yo mismo, lo haré –le informó Nicolás convencido a todas luces de lo que decía.

Por increíble que pudiera parecer a todos los habitantes de aquella granja, Nicolás consiguió una tregua permanente, de momento, por parte de Draco en la que se limitaría a hacer su trabajo, que era vigilar que nadie ajeno a la granja entrara en esta, ni personas ni animales, haciendo una excepción con Nicolás por el peligro que entrañaba debido a las amenazas.

Draco no olvidaría nunca esas amenazas pues el muchacho le advirtió de que aunque no estuviera allí visiblemente, siempre le vigilaría de cerca, y en el momento viera que incumplía su trato, volvería para ejecutar todas aquellas amenazas. Es más, volvería ya con la mordedura en un brazo, o una pierna, o donde fuera con tal de culpar al perro de agresiones, y así sus dueños tomarían serias represalias sobre el animal.

En el momento el perro se retiró a su caseta con el rabo entre las piernas, todos los animales corearon y felicitaron y agradecieron a Nicolás todo lo que había hecho por ellos rodeándolo, y en el caso de los más pequeños, como los lechones, abalanzándose sobre él y lamiéndole sin parar.

Cuando ya los ánimos se calmaron un poco, el muchacho explicó que debía irse, no sabía como pero debía irse para buscar la manera de volver a su lugar de origen, a donde él pertenecía y donde le estarían esperando sus padres y hermana, nerviosos e ignorantes de su paradero albergando en sus cabezas hasta la más extraña de las posibles causas de su repentina desaparición.

Emprendió su marcha por el camino que, sinuoso, se alejaba de la granja en dirección Oeste con la esperanza de encontrar ese otro camino que ansiaba encontrar para regresar a su casa. Al cabo empezó a sentir aquello que sintiera la primera vez, cuando entró en el cuadro; sentía que su cuerpo se descomponía en millones de partículas, menos extrañado y ahora sin ningún temor ya que aquello solo significaba una cosa: volvía a casa.

Como en un sueño y como si nunca hubiese ocurrido nada, Nicolás se encontraba apostillado de rodillas sobre la silla que estaba justo debajo del cuadro de la granja, el cual continuaba mirando ensimismado, como siempre. Lo mejor de todo fue que sus padres seguían en el comedor, cenando todavía y como si lo que acababa de vivir Nicolás solo fue cosa

de una cabezadita rápida.

Se bajó de la silla y cuando terminó de comprobar que todo estaba en orden y que nada había cambiado, empezó a dudar de si todo aquello que acababa de vivir o, creía haber vivido, era cierto o solo una simple jugarreta de su imaginación, la cual era muy productiva. Miraba de nuevo el cuadro intentando discernir la realidad de la ficción sin mucho éxito, hasta que le pareció apreciar algo raro en aquella pintura cuyos detalles conocía a la perfección. Se aproximó lo suficiente como para aclarar aquel detalle que no recordaba de aquella manera. Cuando se aseguró de aquello que había cambiado en el cuadro, su cara dibujó una expresión de felicidad y alegría, pues además de confirmar que no se había vuelto loco ni su imaginación iba por derroteros distintos, también confirmó el bienestar de los habitantes de aquella granja hasta nuevo aviso, tras el cual estaría él para poner de nuevo los puntos sobre las íes. Y es que en la caseta de Draco ya no se apreciaba un perro con cara feroz y con la cabeza alzada orgullosamente, sino un perro desanimado, con la cabeza apoyada sobre sus patas delanteras y cuya expresión facial no era otra que de sumisión e indiferencia.

FIN

Autor: pemu (pseudónimo)